EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9751

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

LUNES 7 DE MAYO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL. —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

Réplica y conclusión.

(AL SEÑOR BARRACHINA.)

En verdad os digo, y si no os digo verdad niégueme todos sus dones el amor y todas sus dulzuras las esperanzas, que no creí hallar tan poca resistencia en mi ilustrado contrincante. Su fama de hábil é intencionado, fama cuya justicia no seré osado á negar, le hizo aparecer ante mis ojos como enemigo invencible y así eran fundados mis temores de quedar vencido en la pelea, aun sabiendo que la lógica, al menos por esta vez, estaba en mis procedimientos y la verdad en el fondo de lo que defendia.

Mi buena fortuna, ya que otras condiciones no pueden ser la causa tendió hacia mí su mano protectora, é hizo al mismo tiempo vacilar indecisa y poco segura la del señor Barrachina, en cuyo segundo artículo, no solo no demuestra lo que se propone ni rebate mis asertos, sino que incurre en nuevos errores, dando ocasión á los pacientes cajistas, para que vuelvan á equivocarse y á mi para que, de querer discusión, hiciera esta interminable.

En la contestación que mi anterior artículo ha merecido á mi buen amigo, no hallo nada que pruebe habilidad, porque bien á las claras se le vé evadir el bulto y escurrirse, como se dice vulgarmente, por la tangente burda de otra nueva discusión, queriendo de este modo apartarse de la ya perdida y primeramente comenzada.

Creer que de esta manera se me puede llevar fácilmente á otro terreno, engañado por tan inocente estratagema, es concederme un grado de candidez rayano en tontería, cosa que, créame mi ilustrado contendiente, estoy dispuesto á no aceptar, aun cuando tenga que sacrificar para ello un poco de modestia.

Yo no tengo inconveniente, si es que mi buen amigo quiere desquitarse, en comenzar la nueva discusión de carácter político que ya insinúa; pero antes es preciso que acabemos esta de una manera clara y leal, como cuadra á contendientes honrados y á hombres de buena fe.

Manos á la obra.

Comencé diciendo en mi anterior artículo que el Sr. Barrachina, lejos de ser demócrata, como él y nosotros habíamos creido, era francamente *reaccionario*: este aserto, plenamente demostrado, pues nada se le ocurre al Sr. Barrachina que oponer á mis razones y argumentos, alcanza para mí la victoria en la primera parte de la discusión, y conste que no me la adjudico yo, sino el Sr. Barrachina, véanlo ustedes:

«*Que soy reaccionario creeis, y es posible que tengáis razón* en lo que indudablemente estamos en completo desacuerdo es en el *valor lógico* de la palabra reaccionario.» Y antes de copiar otra afirmación más clara, escalpelicemos, como dice el Dr. Más, esas cuatro líneas: las palabras solas, aisladas, sin conexión con otras, sin oficio de relación, no tienen ni pueden tener valor *lógico*, pues solo tienen y pueden tener valor gramatical; desconocer esto es ignorar el concepto de la lógica y el concepto de gramática, cosas ambas que de sobra debe saber el Sr. Barrachina; así, pues, quitemos de las cuatro líneas trascriptas las palabras *valor lógico*, que dicho sea de paso, deben de ser de la cosecha del cajista, y veamos lo que queda: tengo, pues, razón en llamar reaccionario á Barrachina.

Y por si queda la más ligera duda, lean ustedes:

«.....será esta manera de pensar todo lo reaccionaria que mi buen crítico quiera, pero contra el abuso *se impone la reacción.*»

Conste que el Sr. Barrachina me ha hecho el honor de convencerse ante mis razones, sin tener nada que oponer á mis argumentos. Primera vez que enarbola bandera blanca.

Dije también en mi anterior artículo que no había existido en la edad media la *invasión de tropas* que mentaba el Sr. Barrachina, y mi buen amigo, rindiendo culto á la verdad, está ahora conforme conmigo; no dije de *tropas*—dice el articulista—sino de *trovas*, el error no es mío, sino del cajista... ¡Todo sea por Dios!

Lo que yo sostengo ahora es que anduvo más acertado el cajista al poner *tropas*, que el Sr. Barrachina al escribir *trovas*. En la edad media, en que las sociedades vivían perennemente en guerra, en que surgían luchas encarnizadas por cualquier cosa, en que no fueron muy cordiales las relaciones que nos unían con lo que ahora se llama Francia, pudo ser fácil una invasión de *tropas*, y si no la hubo, es preciso confesar que, segun el criterio de aquellas sociedades, no faltaron motivos para que la hubiera, en cambio ¿cómo podía realizarse una *invasión de trovas*? ¿Anduvieron los trovadores albigenses errantes y dispersos por nuestras tierras, colgado siempre al cuello el sonoro laud, y pendientes siempre de sus labios heréticos las amorosas trovas? Sin imprenta, pues la imprenta es posterior á aquella época, ¿cómo pudieron las trova *invadir* á España, *engendrando el romanticismo en las clases de alta alcurnia*? Sin duda cree el Sr. Barrachina que la literatura provenzal de aquella época, se distinguía por su carácter romántico, cuando es todo lo contrario; las trovas provenzales, cantaban el amor de la manera menos romántica del mundo, y ya me entenderá el Sr. Barrachina y eran satíricas y mordaces.

Conste, pues, que anduvo inspirado el infeliz cajista al equivocarse, y conste que el Sr. Barrachina y yo estamos conformes en que no existió esa *invasión*, sea de lo que fuere. Segunda vez que aparece la bandera blanca.

Apostaba yo á que el Sr. Barrachina no demostraba que la opereta francesa, había ocasionado la corrupción de nuestras costumbres, y ya nuestros lectores saben que yo hubiera ganado la apuesta.

¿Cuáles operetas—preguntaba yo, negando el hecho de que ellas hubieran ocasionado la emigración de ciertos artistas—ocasionaron la emigración, por ejemplo, de la Matilde Diez?

Y á esto contesta mi querido contrincante que «no sé si Matilde Diez estuvo ó no en América». Y diga el Sr. Barrachina, si no lo sabe, ¿cómo se atreve á escribir estas cuatro líneas que siguen?

«Mientras en nuestro teatro viva la opereta y los operetistas, los Vicos y Calvos, las *Diez* y las Tubau, *tienen que emigrar á América.*»

Hay que confesar que el señor Barrachina anda escaso de noticias acerca de la Diez y sobrado de atrevimientos.

Sí, Sr. Barrachina, la Matilde Diez estuvo en la Habana el año 1853, y en Cienfuegos, Puerto Príncipe, Santiago de Cuba y Méjico, pero no echada de España por la opereta francesa, sino llamada ardientemente por los públicos ultramarinos deseosos de conocer aquella maravilla de nuestra teatro.

Según el articulista, incurrir en semejante equivocación, dar por segura una cosa que se ignora, es cometer una figura retórica; permítame el Sr. Barrachina: esa figura retórica no existe, lo que en eso existe no tiene nada de retórico. Según la teoría ingeniosa de mi querido amigo, todas las mentiras podrían disculparse diciendo que eran figuras retóricas, y eso ni sería lógico ni... digámoslo claro, ni moral. ¿Sirve para eso la retórica? Pues quitemos la definición de Quintiliano «*Ars bene dicendi*» y pongamos esta otra: retórica es el arte de cohonestar todos los errores y de inmoralizar el lenguaje.

Está también conforme el Sr. Barrachina, pues nada dice en contrario, en que no tiene razón al llamar *revisteros* á los literatos que hacen versos, y al creer, que la época del imperio en Roma fue la época decadente de la literatura latina.

Está, pues, conforme en todo lo que he dicho, y crée que tengo razón en todo lo que le he rebatido: pedir más fuera avaricia.

Y ahora que hemos terminado la discusión, pues lealmente, ya no cabe más que reconocer que la razón está de mi parte, hagamos unas observaciones á los cajistas.

Señores cajistas: en el artículo del Sr. Barrachina han puesto ustedes *indiscresión*, y no se escribe así, como todos sabemos; han puesto Udes. «una de *tropas* manifestaciones», cuando el Sr. Barrachina escribiría «una de *trovas* cualquiera» dicen Udes. *impasicidad*, por decir todo lo contrario, pues claro es que en el original diría *pasividad ó impasibilidad*, y cometen Udes. otras muchas faltas, que, francamente, nada bueno dicen de la ilustración de un buen cajista.

Terminemos: la nueva discusión que insinúa mi ilustrado amigo Barrachina, versa sobre los deberes del Estado; por mi parte, acepto; pero como creo que los lectores del Eco se habrán cansado de mí, buscaré las columnas de otro periódico.

Si los muchos quehaceres que tiene el Sr. Barrachina, no le consienten discusiones, no crea molestarme al no querer entrar en la discusión que él mismo parece proponer; si así lo hace, lo deploraré únicamente, porque contendiendo con hombres tan ilustrados y competentes como el Sr. Barrachina, siempre ganaría algo su humilde servidor.

Y puesto que ya sabe el Sr. Barrachina quien soy, y por si además fuera incorrección no dar el nombre, cuando firma con el suyo mi querido amigo, aquí pongo el mío.

JOSÉ GARCIA VASO.

TIJERETAZOS

En la Cuesta de San Vicente de Madrid, le han quitado á un hombre que volvía de América ciento dos monedas de oro.

Vaya usted á América á hacer fortuna para que luego le roben los ladrones.

—

Dice «El Globo:»

«Se habla mucho estos días en Bilbao de una muchacha de la clase baja, que de la noche á la mañana se ha visto dueña de una herencia de algunos millones de reales y en posesión de un título de la nobleza que perteneció á su padre, el cual ha muerto en un convento de religiosos del extranjero.»

¡Cuantos pretendientes de la clase alta tendrá ahora esa muchacha de la clase baja.

Todo por el vil metal, que no es vil, sino el rey de los metales.

—

El príncipe Constantino Wiassemoky ha llegado á Paris, después de terminar un viaje de 43.000 kilómetros por el Asia.

¡Ah! por el Asia.

Por España no resiste ese príncipe un viaje de 2000 kilometros.

Se muere antes.

Y no lo cuenta.

—

En Lieja es donde tienen ahora establecido los anarquistas su taller de pirotecnia.

Y ya han hecho ensayos en casa del doctor Jansous, echándole una bomba de dinamita.

Por cierto que «El Correo de la Noche» ha confirmado al tal doctor y le ha puesto Ramón por nombre.

—

Los tratados de comercio nos van á poner mejor que estamos, solo que al revés.

Alemania amenaza con declararnos la guerra... de tarifas.

¡Como vamos á pagar justos por pecadores: dirán los corchetaponeros!

Todo por culpa de los proteccionistas.

—

En Tenerife se ha celebrado la fiesta de la Cruz con una procesión y... una corrida de toros.

¡Caramba con los toros, que en todas partes meten los cuernos!

—

La epidemia de terremotos que padece Grecia se ha corrido á Inglaterra.

Pongámonos á remojo porque serán con nosotros los temblores de tierra.

Sería el primer mal que surge en Europa que no nos dejara un recuerdo.

¡Nosotros que estamos tan doloridos de ese ciclón que se llama Gamazo!

Nada, nada; á prevenirse contra los fenómenos sísmicos.

NOTAS

Sigamos hablando de la Tienda-Asilo y comencemos por donde terminamos la última vez que nos ocupamos de este asunto.

Es necesario repartir mil raciones diarias—dijimos entonces—y eso mismo repetimos ahora.

¿Habrá quien pregunte la razón?

No lo creemos; pero si alguien no la encuentra habremos de decirle lo siguiente.

El problema obrero es un problema pavoroso que asusta á todo el mundo, no sin motivo.

Hace poco se celebró la fiesta del trabajo que no ha sido este año como los anteriores; pero aun en el grado de decaimiento á que ha llegado esa es temible. La poca importancia que le ha dado últimamente el elemento que vive del jornal, debe ser motivo de recelo en lugar de motivo de alegría.

¿Que significa que el obrero no haya celebrado el primero de Mayo? Pues representa que su situación es tan mísera, que no ha tenido dos ó tres pesetas para comer ese día que no iba á trabajar y que él elevó voluntariamente á la categoría de día festivo.

Esa estrechez dá miedo. Tal carencia de recursos, debe fijar poderosamente la atención pública, porque supone que hay seres que no tienen lo necesario. Hay quien no tiene bastante pan; hay quien tiene hambre y el hambre es rudo consejeros que lleva el hombre á pensar mal de todo y á mal decirlo todo.

El hombre con hambre es capaz de todo. Aunque sea sensible confesarlo, los sentimientos residen mas en el estómago que en el corazón. Un hombre satisfecho piensa alegremente en el mundo y en sus placeres; pero cuando la satisfacción falta porque el estómago grita y no es oido, tórnanse de color sombrío los horizontes de color de rosa y la alegría se convierte en desesperación.

Entre los seres desesperados recluta sus fuerzas el anarquismo. ¿Qué importa morir y matar para el que se muere de hambre? El razonamiento es bárbaro, pero no está exento de lógica.

Hay necesidad de sustraer á la desesperación á todo el que así piensa. Es preciso aclarar los horizontes de la clase obrera. Hay que significarle, que la sociedad no asiste indiferente á su ruina y sobre todo, es necesario no dejarle hacer comparaciones, de las cuales deduzca que vale más para la sociedad un pordiosero, que puede ser un holgazán ó un vicioso, que un obrero honrado.

Hay que ayudar á la gente que trabaja para evitar que los exaltados caigan en la desesperación y para eso se necesita sostener y fomentar la Tienda Asilo.